

XIV

El verano cruel

Infinidades de rumores corrían por la ciudad. El Call estaba desierto. Se veía a mendigos entrar y salir por portones que nadie se preocupaba en cerrar. Algunos soldados se habían instalado en las abandonadas viviendas. Por las noches se sentían intermitentes griteríos.

A medida que pasaban los días Don Ysaac llegaba a su hogar con noticias abrumadoras. Sabía que no podrían vender el palacio, pero no se animó a contarle a Astruga, ni a sus hijas. Nadie les ofrecería nada por algo que tendrían que dejar de todos modos. Pensaba que sería mejor que regalaran los muebles. Había días que deseaba olvidarse de lo que ocurría. Otros días, parecía apresurado y quería arreglar la salida de Barcelona lo antes posible.

El lunes de la primera semana de junio unos soldados repartieron volantes en el mercado. Sarah trajo uno al palacio. Subió sin detenerse hasta la habitación de Astruga. Ésta se levantó al verla. La ayudó a sentarse en un almohadón. Le pareció que Sarah iba a caerse. Sarah estiró el brazo y dijo, "Mire usted ¡qué será de nosotros!"

Astruga leyó el volante detenidamente. "El Rey prometía protección, pero solamente hasta el 26 de julio." Lo destruyó y devolvió los trozos de papel a Sarah. "No diga usted nada a mis hijas. Ya sabe la tensión en que vivimos."

"No podemos seguir así."

"A su tiempo discutiremos lo que se necesite discutir."

Sarah se secó las lágrimas con el delantal. Se prendió de un baúl para levantarse y se detuvo unos instantes mirando los pedazos de papel esparcidos al lado suyo.

"Le tengo que indicar qué es lo que necesito," dijo Astruga tratando de continuar el diálogo, pero Sarah se dio vuelta y dejó la habitación. El gesto sorprendió a Astruga ya que estaba acostumbrada a la cortesía de esta mujer que había vivido con ellos desde hacía tanto tiempo.

Astruga se envolvió con un manto y subió lentamente las escaleras que la llevaban al estudio de Don Ysaac. Abrió la puerta. Vio a su marido hojeando la Torá. Le pareció que había envejecido. Don Ysaac levantó la vista. Le temblaban las manos.

Astruga se sentó en una banqueta de cuero y le acarició el brazo. Deseaba contarle lo del anuncio real, pero no sabía cómo comenzar.

Don Ysaac se paró. "Hay tantas cosas que resolver."

"¿Qué haremos con el palacio? Sarah trajo..." Astruga no continuó.

"Todavía no sé qué es lo que haremos. Hablé con varios amigos. Algunos se van y otros se convierten."

"¿Quiénes se convierten?"

"No lo sé. Somos tan poco los que quedamos. No sé... d'Arnau Bassa dejó Barcelona en mayo, en cuanto supo lo del decreto."

"Tal vez tengamos que apurar nuestra salida. ¿No es así?" preguntó Astruga y apretó las manos en el pecho con un nervioso gesto.

Don Ysaac dijo "Ya lo sé. No me animé a decirles la fecha." Le explicó a Astruga que los Aboab y los Shem-Tob habían conseguido entrada a Portugal a cambio de grandes sumas monetarias. Algunos médicos de Granada habían pedido ayuda al Gran Porte del Imperio Otomano. Éste les había prometido protección. "Poco se sabe. Nadie quiere verse envuelto en problemas. Es como si los Reyes se vengaran de los que se van."

"¿Tal vez no sea Venecia?"

Don Ysaac caminó hacia el ventanal con la manos cruzadas en la espalda. Sin mirar a Astruga dijo, "Rebecca Puig salió de su casa y explicó que iba en busca de su hija que estaba en casa de unos amigos." Don Ysaac se calló. Era como si le costara seguir el hilo del pensamiento. "Desapareció sin dejar rastros. Al ver que no volvía, los sirvientes hablaron con las autoridades. Nadie parecía entender qué era lo que había pasado con Rebecca... El Ayuntamiento tomó posesión del inmueble y lo convirtió en oficina estatal."

Don Ysaac miró a Astruga. Se dio cuenta de que su esposa no lo escuchaba, pero continuó.

"Había nacido en una familia cristiana, pero me dijo que su madre era judía, aunque parecería que pasaba por cristiana entre las amistades."

"¿Qué pasará con nosotros?"

"Saldremos sin explicar que nos vamos. Como en el caso de Rebecca. Hay rumores que está en Fez con su esposo, a quien se creía muerto."

"¿Cómo se sabe que está en Fez?"

"Anoche en lo de los Montalvo era lo único que se discutía."

Don Ysaac dejó de hablar. Miró a Astruga. Ésta bajó los ojos. Don Ysaac caminaba en círculos de la puerta al ventanal y luego a la puerta nuevamente. El silencio que lo unía a su esposa le pareció abrumador.

Don Ysaac no sabía cuál sería la mejor solución. Por primera vez pensó que los podrían tomar presos. Se secó la frente con un pañuelo y dijo, "Debemos reunirnos nuevamente y decidir qué es lo que más nos conviene."

Astruga levantó la vista. "Beatriz... es la que más sufre. Dulcia parecería llevar mejor los problemas."

"Viviremos como si nada pasara, en lo que sea posible." Don Ysaac se daba cuenta de que debían comenzar los preparativos. "Los preparativos..." dijo.

"Los preparativos..." repitió Astruga. Esperaba, secretamente, que todo volviera a ser como antes.

"Los judíos no pueden tener propiedades en Venecia. Tal vez tengamos que vivir con mis padres. Quiera el cielo darnos paz."

Astruga clavó la mirada en el piso de madera y estrujó las manos con un gesto común a las lavanderas. Don Ysaac la observaba y le dio pena el sufrimiento de su esposa. "Falleir," explicó, "me aseguró ayer que los lingotes de oro están en Hamburgo. Esto resolverá el problema económico por unos años."

"Tendremos que dejar tantas cosas," dijo Astruga.

"Los capitanes de los navíos," continuó Don Ysaac, "me piden sumas exorbitantes. Otros no me dieron garantía de los puertos."

"¿Qué haremos con los sirvientes? Sarah nos ha servido por tantos años. Tendríamos que reunirlos un día y explicarles que nos vamos."

"No creo que sea necesario."

"Nos verán empacar y... los arcones..."

"No hay que darles explicaciones. No sé sobre los arcones. No sé si podremos llevar algunas cosas. Las prendas que tenemos puestas y tal vez nada más."

"¿Nada más?"

A Don Ysaac le pareció que el rostro de Astruga cambiaba de color.

"Bueno, ya veremos. Tenemos protección real," dijo Don Ysaac tratando de ahuyentar el miedo de Astruga.

"Ya sabes que tenemos dos sirvientes cristianos." Astruga se paró.

"Eso no tiene importancia. Ellos saben que somos judíos; siempre lo supieron."

"¿Inventarán algo en contra de nosotros?"

"No creo, Astruga."

"No sé Ysaac, no sé. Ya sabe lo que le pasó a esos pobres infelices que quemaron porque se decía que habían difamado una hostia..."

Esos hombres... esos que aprisionaron en La Guardia."

Don Ysaac se dio cuenta de que su esposa sabía lo que pasaba afuera del palacio.

"Tengo temor. Me invade una dolorsa sencacion," dijo Astruga." Tal vez sería mejor despedirlos ya, pero... hay tanto que hacer."

"Los despediremos a fin de mes. Si preguntan, se les dice que saldremos de España, pero sin mayor explicación de religión o de nada."

Don Ysaac la tomó de los hombros. "¿Cuándo nos reuniremos con nuestras hijas?"

"Esperemos unos días. Ya planearé cómo les explicaremos lo que sucede." Astruga besó la mejilla de su esposo y dejó la habitación. En vez de reunirse con sus hijas en el salón de costura, se recostó en su alcoba.

Beatriz se sentía agobiada. Le daba pena no saber nada de Arnau. La preocupaban los continuos mareos y los dolores del cuerpo. En cuanto se levantaba, se recostaba en un almohadón que Agoi había ubicado al lado de la puerta de su habitación. Pasaba largo ratos leyendo poesías y escribiendo en el libro de memorias. Agoi tejía a su lado y, de vez en cuando, le contaba breves recuerdos de su niñez para entretener a Beatriz.

A veces Beatriz le preguntaba con insistencia si había escuchado cuántos días faltaban para que dejaran el palacio. Otros días recordaba a Yuçef y preguntaba si por qué lo matarían y otras veces, solamente se quejaba y explicaba que se sentía muy enferma.

Dulcía traía el bordado y se sentaba al lado de Beatriz, pero había tan poco para conversar. Ella también se sentía agobiada. Recordaba las palabras de su padre que se debía dejar tranquila a Beatriz y que, poco a poco se iría recuperando. A Dulcía le parecía que no mejoraba. El rostro de Beatriz estaba cada día más amarillento.

El único que hacía reír a Beatriz era Ezequiel. El niño llegaba después de la merienda. Traía unas piedritas que Sarah le había entregado y le contaba a Beatriz que eran pequeños hombrecitos que lo visitaban. Los ubicaba uno al lado del otro.

Narraba historias. Explicaba que los hombrecitos andaban en mulas, que unos cocinaban, otros barrían, lavaban la ropa.

A Beatriz le hacía gracia que Ezequiel describiera las tareas domésticas de los sirvientes del palacio. De vez en cuando también Astruga se sentaba en un almohadón al lado de Beatriz y le explicaba que ya faltaba poco tiempo para reunirse con los abuelos.

A medida que pasaban los días, la familia parecía haber aceptado la situación en la que se encontraba. Todos sabían que tendrían que dejar Barcelona, pero era un secreto oculto. Los ojos eran los únicos que transmitían el dolor.

Beatriz dejó de recostarse en el almohadón y comenzó a reunirse con Dulcia en el cuarto de costura. La ayudaba a bordar un mantel de lino.

Una mañana mientras bordaban, Astruga decidió explicar a sus hijas que sería mejor que comenzaran a descartar la ropa que no llevarían. Se sentó en la silla de cuero que era su asiento preferido y dijo "Tenemos que seleccionar lo que llevaremos."

"¿Quiénes llevarán los baúles?" preguntó Dulcia.

"Veremos hija. Probablemente serán comerciantes, amigos de tu padre."

"¿Cuántos baúles llevaremos?" preguntó Beatriz.

"Solamente llevaremos lo que necesitamos." respondió Astruga. "Compraremos ropa al estilo italiano."

"Quiero llevar las sayas de fiesta."

"Tendremos que dejar muchas cosas."

"¿Muchas cosas?"

"Ya sé hija, pero es mejor así."

"¿Qué es lo que tendremos que dejar?"

"No sé, pero hay que llevar la ropa que sea fácil de acomodar en los baúles."

"¿Llevaremos la lencería?" preguntó Dulcia.

"No creo," dijo Astruga y miró con tristeza a la distancia.

Beatriz parecía confusa. Dejó de bordar, se paró y explicó que no se sentía bien. Dejó la habitación.

Astruga se puso de pie.

"Mamá, déjala," dijo Dulcia. "Ya se calmará. Arnau no le volvió a escribir. No sabe nada de él. Es eso lo que la preocupa."

"¿Se convertiría?" preguntó Astruga.

"No sabemos nada."

Astruga se agachó apretó las manos de Dulcia.

"Tantas cosas juntas."

Astruga lloraba.

Dulcia nunca había visto a su madre con tanta congoja. Le acarició la cabellera.

Después de un rato, Astruga, más calmada, dijo que debían preparar los baúles rápidamente y enviar la ropa que no llevaban al mercado. "Sarah se la entregará a los pobres."

"Es tan difícil aceptar todo esto, mamá."

Astruga no contestó. "Déjame que te ayude." Parecía como si las puntadas en la tela la calmaban.

Esa noche Astruga subió varias veces al altillo con manteles, sayas, cintas bordadas de seda que había comprado para su casamiento para ponerlas en bolsas de cuero. Tocó repetida veces las camisolas de satín con alas y las largas telas que desde los hombros cubrían la vestimenta. Le dio pena desprenderse de los vestidos que nunca reemplazaría. En un arcón puso unas tocas moriscas de damasco. Sin preocuparse de acomodarlas ordenadamente; por momentos se detenía y lanzaba con ímpetu las prendas dentro de las bolsas.

Cuando le pareció que había hecho bastante, se recostó en un almohadón y se quedó dormida.

Astruga se despertó con el cantar de los pájaros. Se dio cuenta de que había dormido en el altillo y que ninguno de los sirvientes la había buscado, o preguntado por ella. Nada era como antes. Ni Sarah, ni Agoi se preocupaban. Era como si el Decreto hubiera suspendido el tiempo para siempre.

Astruga bajó apresuradamente a buscar a Sarah y a Elisenda para que la ayudaran remover los cortinados del estudio de Don Ysaac y de su alcoba. Luego les pidió que llamaran a Saltiel para que llevara las bolsas de cuero al mercado. "Son muy pesadas para usted, Sarah."

Desde esa mañana, comenzaron a desaparecer las telas bordadas que Astruga había comprado a mercaderes holandeses para los ajuares de sus hijas; ponía en las bolsas chapines que no necesitarían. Se quedó solamente con un par de chapines de corcho y unas pantuflas. El resto se lo entregó a Sarah.

Sarah repartió los zapatos a unas mujeres que estaban sentadas en las gradas de la catedral.

Beatriz vio con tristeza que en uno de los bolsos había una saya bordada con perlas. Quiso quedarse con ella y con una randa con la que su madre se cubría los cabellos. Astruga no la dejó. "No. No necesitamos esas cosas."

"Pero, mamá ¿por qué desprendernos de tanto?"

"Hija, ya... ¿Quién llevara todo esto? Los Reyes dijeron que solamente lo que podamos llevar en las manos." Astruga no deseaba explicar nada más.

"Los amigos de papà los llevarían."

"No sé hija. Dijeron que llevarían dos baúles solamente. No sé."

"¿Dos baúles? Eso no es nada. Nuestra ropa. ¿Qué nos pondremos?"

"Ya, ya hija."

Dulcia ayudaba a Don Ysaac a empaquetar los libros.

Una mañana, Beatriz, en vez de reunirse con su madre, se sentó en la alfombra oriental que cubría un rincón de su habitación y comenzó a seleccionar las polleras de terciopelo que llevaría. Sacó cintas de colores, algunas bordadas, otras de encajes. A algunas prendas las miraba por un largo rato como si se estuviera despidiendo.

Tomó entre sus manos el cofre en donde guardaba las joyas. Inspeccionó anillos, collares, broches y aretes de diamantes. Se colocó un anillo de esmeralda en el índice. Llevaría las joyas escondidas en su falda. Nadie sabría nada. ¿Qué hará mamá con las de ella? se preguntó.

Cuando se probó un anillo de diamantes, recordó a Arnau. Sintió una aguda puntada en su estómago. Inmediatamente se dijo, "debo seguir." Su rostro enrojeció.

Recordó las caricias. Deseaba que Arnau la abrazara nuevamente. Se acercó a un baúl y sacó la saya roja que había llevado cuando visitó a Regina.

Un escalofrío la estremeció. No, no pasa nada, se dijo, como queriendo ocultar el pensamiento, pero estaba convencida de que algo le pasaba. Las náuseas continuaban, y le dolían los pechos. Se le habían hinchado desmesuradamente. Una intensa pena la invadió. ¿Qué será de ella? Se tocó el estómago.

Si tan solo Arnau le escribiera y se pudieran encontrar en algún lado. Era tanta la congoja que la colmaba que creía que no podría continuar de pie. Se sentó en un almohadón.

Escuchó unos pasos en el corredor. Era Dulcia que le preguntaba si podía entrar. Dulcia se sentó a su lado.

"Me parece que lo mejor será dejar todo como está. No debemos llevar nada más que lo que necesitamos. Sería imposible llevar todo lo que tenemos."

"¿Podremos volver?" preguntó Beatriz.

Dulcia no contestó.

"¿Qué haremos con la vajilla de la abuela, con los cuadros, con las alfombras?"

"Los Reyes quieren que dejemos todo."

"Reyes ni que reyes," dijo Beatriz. "El papá, los abuelos, nosotros compramos este palacio. ¿Qué será de él? Es nuestro, Dulcia. Es nuestro," repitió.

"Te tienes que calmar. Estoy ayudando a papá a empaquetar los libros. ¿Por qué no nos ayudas?"

El miércoles de la primera semana de julio, Don Ysaac reunió a sus hijas y a Astruga en una de las habitaciones del tercer piso.

A Don Ysaac le gustaba esta habitación pues tenía tapices que habían pertenecido a sus padres. Años atrás, Astruga había comprado una mesa redonda en cuyo centro había hecho grabar flores y frutas. La mesa era ideal para coser, bordar, o jugar a los naipes. A Beatriz también le gustaba el salón. La hacía recordar los días que Sarah les enseñaba los últimos

trucos que había aprendido en el mercado. Una serie de almohadones bordados con filetes dorados, rodeaban la mesa. Los tapices flamencos, que todavía no habían sido descolgados, cubrían los muros de piedra.

Sarah había ubicado dátiles, higos, miel, confituras, y gelatina con perfume de rosa en una fuente de madera. En cuanto entraron a la sala, Astruga les pidió que se sirvieran los manjares antes de comenzar a discutir los planes que tenían. Esto hizo que las jóvenes se calmaran.

Por lo general, Don Ysaac no se sentaba en almohadones, pero ese día lo hizo. Este gesto sorprendió a sus hijas.

"¿Qué está passant, papá?" preguntó Beatriz.

Don Ysaac compuso la garganta. Entrelazó los dedos de las manos, miró a su esposa, y en un apenas audible murmullo, dijo: "Lo mejor será salir del palacio como si fuéramos a visitar a los amigos. No diremos que iremos a Venecia. Saldremos como si fuéramos a pasar."

"Eso será imposible papá. La gente nos verá caminando por las calles en un grupo. Los arcones..."

"No hija. Dos arcones saldrán esta semana. Dejaremos el resto de nuestras cosas. Saben que nos vamos, pero nadie tiene que saber exactamente cuándo nos vamos y cuáles son nuestros planes. Tu madre y yo saldremos un día con uno de los escuderos, probablemente Saltiel. Unas dos horas después dejarán el palacio ustedes con Ezequiel, Sarah, Agoi, Elisenda y Eulalia."

"Papá, ¿quién te dijo que ellas querrán venir con nosotros?"

"No vendrán. Nos acompañarán solamente hasta el puerto."

"¿Quién llevará los baúles, papá?" preguntó Dulcia.

"Tomás Bellmunt se ofreció a buscarlos en unos días. Nos los enviará más adelante."

"No venderemos el palacio," continuó Don Ysaac. "He hablado con Vivas Alfachím, que se ha convertido, y me ha prometido quedar a cargo del edificio."

Esto alegró a Beatriz, pues quería convencerse de que todo sería temporario y de que, algún día podrían retornar. "¿No lo venderemos papá?" dijo con alegría.

Don Ysaac asintió con la cabeza como para tranquilizarla. Sabía muy bien que nunca regresarían a Barcelona. Don Ysaac bajó la vista y añadió: "Es mejor así que regalarlo." Explicó que probablemente se embarcarían el 26 de Julio. Había discutido los términos con un capitán de un navío griego y éste le había prometido unas excelentes habitaciones.

Don Ysaac se daba perfectamente cuenta de la crueldad de los Reyes y de los sufrimientos que ocasionaban a tantos inocentes, como a sus hijas y a Astruga que nunca llegarían a comprender el odio que encerraba el Decreto de Expulsión. Era inexplicable para él que los cristianos predicaran caridad hacia el prójimo y robaran tantas propiedades. ¿Por qué se creerían poseedores de la verdad?

Don Ysaac continuó, "A los sirvientes los reuniremos y les garantizaré trabajo hasta el 22. Les explicaré que Don Vivas se quedará con el edificio y que si él desea los puede contratar."

Astruga añadió que desde esa mañana cerrarían algunas habitaciones así no tenían que limpiarlas nuevamente.

Al día siguiente, Astruga amaneció con calentura. Don Ysaac pensó que, con toda seguridad, la enfermedad de Astruga era debido al trabajo de los pasados días y a la incertidumbre que los acosaba. "Son los nervios," afirmó, y le pidió a sus hijas que lo ayudaran. "Astruga tendrá que hacer reposo por unos días y esto la mejorará." Podían visitarla en su habitación, pero no se debía hablar del viaje. Astruga es fuerte. Será cuestión de unos días. Hijas mías no dejen que esto cause desavenencias. Ahora, ustedes están a cargo del palacio."

"Yo cuidare a mamá, dijo Dulcia. "Es mejor así, papá. Sarah se encargará de que todo quede en orden como mamá quiere, por las dudas regresemos." Dulcia miró a Beatriz.

A Don Ysaac le dio pena esta afirmación, pero no la contradujo.

Beatriz parecía divagar. "Yo también quiero ayudar, pero no estoy bien."

Beatriz acomodó su bordado cuidadosamente en una butaca de cuero, y dejó la habitación.

Don Ysaac miró a Dulcia. Ésta comprendió de lo que se trataba. "Ya lo sé, papá. No hay forma de calmarla. Es ese muchacho, Arnau."

"Hija, no sé qué haremos con esto de que Beatriz está continuamente indispuesta y ahora que tu madre está enferma."

"Beatriz sufre mucho. No se da cuenta de las cosas. Cree que todo se solucionará. No sabe nada Arnau."

"¿Se casó Arnau?"

"No, que yo sepa, pero me imagino que se casará con alguien algún día... No le escribe a Beatriz. Esa gente nunca me gustó."

"Arnau es un buen muchacho," dijo Don Ysaac pensativo.

"Sí, papá, pero si fuera un poco más, como diría... valiente, no le haría tanto caso a la madre."

"¿Pregunta Beatriz por él?"

"Estos días que ha estado con tantos mareos que no preguntó, pero según Agoi parece que lo extraña mucho. Arnau le sabía escribir y ella componía poemas y se los enviaba, pero ahora no sé..."

"Es importante que cuides a tu madre y que Agoi cuide a Beatriz."

"No te preocupes papá, yo me encargaré de todo. ¿Cuándo hablaremos con los sirvientes?"

"Esa es otra cosa que me preocupa. ¿Qué dice Sarah?"

"Sarah ya casi ni habla. Hay algo con ella que no entiendo. Parece que quiere ir a vivir con una hermana en Burgos."

"Entonces Sarah se quedará," dijo Don Ysaac sin añadir que se convertiría.

Dulcia no contestó. Le dolía discutir lo de las conversiones. "**No ho sé.**" Dulcia cambió la conversación. "¿Qué haremos con las sillas de mano y con..." No continuó.

"Haremos lo que podamos y lo que no podamos solucionar, tendrá que quedar sin solución. Cerraremos las puertas y nos iremos."

"¿Y si mamá no está bien?"

"Ya veré. Mañana hablaré con los Gutiérrez. Ellos nos ayudarán seguramente. Llevaremos a tu madre al puerto. De

todos modos, debemos prepararnos para el 22. Ya lo decidí. No podremos quedarnos aquí ni un día más."

"¿Hablares con los sirvientes?" insistió Dulcia.

"Ya veré. Probablemente los despediremos ese mismo día. Me preocupan las demandas. ¿Qué será de Agoi?"

"**No ho sé.** Nadie dice nada. Necesitaremos a Elisenda para Ezequiel."

Don Ysaac se acercó a Dulcia y le besó la frente. Puso la mano encima de la cabeza y en voz baja la bendijo.

Antes de que Don Ysaac dejara la habitación, Dulcia le preguntó si podrían llevar los tapices que ella había bordado. Tenía miedo de que no entraran en los arcones.

"Ya veremos," dijo y con apresurado paso dejó la sala.

Dulcia sentía que la garganta se le endurecía. Limpió con la mano las lágrimas que rodaban por las mejillas. Le dio pena ver a su padre tan acongojado. ¿Qué harían con su madre? Si tan solo Beatriz se sintiera mejor y entre las dos pudieran organizar la salida. Caminó hacia uno de los muros y pasó la mano suavemente por las cortinas de terciopelo que cubrían uno de los ventanales. No habían tenido tiempo de ponerlas en bolsas. El delicado tacto la calmó. Después de un rato, se compuso y fue a ver a Astruga.

Al pasar los días las actividades de Don Ysaac eran más frenéticas. Salía y entraba del palacio continuamente. Los amigos lo visitaban hasta el anochecer. A veces Dulcia se acercaba a la puerta y los escuchaba discutir, pero no entendía lo que decían.

Don Ysaac les explicaba que la mayor preocupación era cómo sacar fondos de la ciudad. Los Reyes habían prohibido que llevaran oro, joyas u objetos de valor. Se atribuyeron el derecho de cobrar las deudas que los cristianos tenían con los judíos. "Todas mis propiedades quedaran confiscadas. Si tan solo pudiera cobrar los alquileres." Don Ysaac había comprado numerosas casas en los barrios cristianos y las alquilaba a una buena renta. Perdería las dos granjas que tenía arrendadas cerca de la sierra Collserola. Hacía varios meses que el

hombre encargado de cobrar las rentas, un tal Romano, no aparecía por el palacio y no se lo podía encontrar. Don Ysaac estaba seguro de que el hombre había desaparecido por temor, o que resolvió no cobrar más los alquileres. Tampoco se los podía reclamar. Nadie se los pagaría.

Los amigos decían que los Reyes se enriquecerían enormemente. Don Abravanel habló con ellos. Les había pedido clemencia, especialmente para los viejos, los enfermos y los niños, algunos de los cuales eran muy pequeños para sobrevivir una larga travesía marítima, pero el corazón de los Reyes no tenía clemencia. Decían que la Reina les había dicho a los que se entrevistaron con ella que "En el nombre de Dios tenemos que quitarles todo, todo, aunque todos perezcan. Se bautizan o se van."

Contrariamente a Don Ysaac que parecía adquirir mayor energía con el sufrimiento, Astruga se deterioraba.

Dulcia le explicó a su padre que Astruga, **"s'ha despertat de cop. S'ha begut la infusió d'herbes... s'ha adormit..."** No dejo a mamá nunca, pero no puede ser así. Hay tanto que hacer. No lavamos nada. Todo está sucio. Cada día es peor."

"Ya lo sé hija. No sé qué es lo que debemos hacer."

"Todos estamos preocupados, papá. Sarah no quiso hablar hoy conmigo."

"Mira hija, debes darle las hierbas todos los días."

"Se la doy papá, pero no le hace nada. Esta mañana era como si delirara."

Don Ysaac tosió. No podrían dejar Barcelona con Astruga enferma. "Hablaré con los Gutiérrez. Tal vez me den una solución. Vivas Alfachím... en fin, ya veré."

"No creo sea posible irnos a fin de mes. La turba nos matará. Si no nos mata la turba nos matará el Rey después de esa fecha."

"No creo que eso suceda, hija."

"Papá, ¿cómo puedes decir eso? Han matados a tantos que nunca hicieron nada. Algunos de los que mataron no sabían ni por qué los mataban. Esos pobres mulatos que

quemaron y ese joven que era demente y esa vieja que tenía visiones. Para mí que la pobre mujer estaba enferma. Nosotros seremos como ellos. No tendremos ninguna protección."

"Veré que puedo hacer."

"Temo por nuestras vidas, papá."

"Tal vez encontremos otro barco unos días después."

Don Ysaac subió a su escritorio. Se sentó por un largo rato. Tomó la Torá entre sus manos, como si estuviera buscando protección ante la situación que se enfrentaba. Se paró y decidió hablar con los sirvientes.

Le pidió a Saltiel que reuniera a todos los hombres y a las mujeres en el jardín.

Los sirvientes se reunieron al lado de la escalera que conducía a los pisos altos. Don Ysaac se paró en la segunda grada. Saltiel estaba a su lado. Las mujeres se mantuvieron alejadas de los hombres, cerca de la entrada de la cocina.

Don Ysaac les pidió que se acercaran. Sarah bajó la vista. Agoi se acercó a Sarah y la abrazó como buscando protección. Faltaban Eulalia y Elisenda, que seguramente estarían con Astruga y Ezequiel. Algunos de los hombres cruzaron los brazos con un gesto de malestar. Otros apoyaron el cuerpo en dos de los naranjos. El aroma de las flores contrastaba con el tenso momento.

Don Ysaac explicó que tendrían que dejar la ciudad. No quiso mencionar conversiones, ni nada que tuviera que ver con el edicto.

Dijo que probablemente dejarían el palacio por una temporada para vivir en otro lado. "Probablemente volvamos nuevamente en unos meses." Se dio cuenta de que era la primera vez que decía algo que no era verdad. Fue lo único que pudo hacer. Se daba cuenta de que tal vez no le creyeran.

Los sirvientes escucharon a Don Ysaac en silencio. Dos hombres que eran contratados semanalmente y que cuidaban la caballeriza, dijeron que ellos buscarían otro trabajo al día siguiente. Saltiel y Jacobo preguntaron si cuándo pensaban volver al palacio. Don Ysaac dijo "En un año."

"En realidad," continuó Don Ysaac, "sería mejor que todos dejáramos el palacio el 22 de julio."

Saltiel tomó la palabra. "Eso haremos."

Jimeno y Jaume que habían sido contratados unos años antes explicaron que ellos se irían en una semana. Don Ysaac asintió con la cabeza. Don Ysaac puso fin a la reunión. Los hombres caminaron lentamente hacia la dependencia de servicio y las mujeres entraron en la cocina.

Jaume preguntó si cuándo les pagaría.

"El miércoles los espero en este mismo lugar." Don Ysaac sintió temor.